Pero las mujeres tienen en sus amores un espíritu de profecía; y así como Elena comprendió en Alejandra una rival, así Alejandra, aunque sin decir nada á Jorge, sintió en el corazón el veneno de los celos.

Los hombres necesitan, para conocer á sus rivales, mirarlos; las mujeres no, adivinan decididamente; y aunque no venga al caso, es preciso confesar que el hombre y la mujer son razas distintas, y que para conocer el corazón de las mujeres es fuerza haber sido alguna vez mujer y creer en la transmigración de las almas, ó no meterse á tratar del sexo bello.

CAPILLA ALFONSINA

XXIV

El nido materno

Mondragón recibió la carta de Leonor en la que le anunciaba la nueva desgracia de don Plácido; y la situación en que debía encontrarse la joven le impresionó vivamente.

A pesar de todo lo que había ocurrido, Mondragón conservaba un cariño y una ternura extraordinarios á su edad. El mismo se admiraba de aquellos sentimientos, y la inocencia de la joven, con lo poco que había sabido, le parecía fuera de duda: así es que en cuanto recibió la carta se dirigió á la casa de Caralmuro.

Reinaba allí la mayor aflicción: Leonor, que se veía sin derechos ningunos en aquella casa, nada se atrevía á disponer. Quizá, pensaba ella, se podría creer que se aprovechaba de la ausencia de don Plácido y de Caralmuro para mandar.

— Señorita, le dijo Mondragón; he sabido por la carta de usted lo que ha pasado, y vengo á ver en qué puedo serle útil.

— Es usted mi único amparo, contestó Leonor. ¿Qué hago? Yo no puedo permanecer sola, porque después de lo que usted sabe que se ha descubierto, ¿qué confianza puedo tener en doña Salvadora?

— Efectivamente, usted no puede estar tranquila faltando Caralmuro. En esta casa sola y á merced de los criados, cuando ya tal vez ellos tienen sospechas de que usted no es la hija de don Juan, cuando menos, tiene usted el peligro de que no la obedezcan, ó de que alguno de ellos le falte al respeto.

— Quizá eso sería lo menos; pero ¿quién me garantiza de que las mismas personas que quisieron hacerme su instrumento para engañar al señor don Juan, no pretendan arrebatarme de aquí si me ven sola, bien para tenerme siempre en su poder, ó bien para impedir que se descubra su crimen? La verdad es que yo tengo mucho miedo.

— Y tiene usted razón. ¿Quiere usted que yo me venga á vivir á esta casa mientras dura la ausencia de Caralmuro?

— Muchas gracias; pero creo yo no tener aquí derecho alguno: si yo fuera la hija de don Juan admitiría la proposición de usted, porque nada de violento tendría que un amigo suyo viniera á acompañar á su hija en su aislamiento; pero desgraciadamente no lo soy y no sé si él vería con buenos ojos que usted se viniera á vivir aquí, no por usted, á quien quiere como un hermano, ni por mí, á quien mira casi como hija, sino por el antecedente de haberme usted pedido en matrimonio: éstas son cosas muy delicadas para disponerlas en casa ajena.

— Creo que piensa usted acertadamente.

— Si fuera posible que me recibieran, mientras, en un convento...

— Es muy difícil en estos momentos; pero me parece que me ocurre un plan que salva todos esos inconvenientes.

— ¿Cuál es?

— Que usted se vaya á vivir á mi casa. Allá vive también doña Estefanía, la madre de mi primera mujer: es una señora amable y virtuosa, que le hará á usted compañía; y aún hay más: si en algo se resiente la delicadeza de usted, yo me vendré á vivir aquí mientras usted viva en mi casa: usted queda bien acompañada, y la sociedad nada podrá decir de usted.

— Acepto, señor don Felipe, acepto, porque estoy aquí sola tan acobardada y tan intranquila, que no podría vivir. Por supuesto, se irá conmigo doña Salvadora.

— Si usted quiere...

— Será bueno, porque aun no hay motivo para despedirla, y es necesario conservarla aún para descubrir muchas cosas importantes.

— ¿Cuándo nos iremos?

— Cuando usted lo disponga.

— Pues ahora mismo; llame usted á doña Salvadora. Creo que por esta noche no necesitará usted llevar nada, y mañana puede usted enviarla á ella para que le lleve lo que le haga falta.

— Me parece bien.

Leonor llamó á doña Salvadora, se puso un abrigo y salió á la calle, asida al brazo de Mondragón.

Cuando llegaron á la casa eran ya las ocho de la noche, y doña Estefanía se admiró al ver llegar á Mondragón con una señora á esas horas; pero él la impuso de todo, y comenzó á preparar la habitación de Leonor.

— En efecto, pensaba doña Estefanía, esta muchacha se parece mucho á Matilde. Ya Mondragón me lo había dicho; pero como todos los viudos que piensan volverse á casar, comienzan por encontrar parecidas á su primera mujer á cuantas muchachas les gustan, yo me figuré que sería una cosa así; pero se parece hasta en el cuerpo, en los ojos, en todo, en fin. Mientras esté aquí, dormirá en la cama de Matilde; ya si se casan, Mondragón sabrá lo que dispone.

Por una de esas cualidades, que no son raras como parece en la vida, Leonor entraba en la casa de su padre, no sólo sin ser reconocida, sino como su futura mujer, y dormía aquella noche en la misma cama en que había nacido.

CAPILLA ALFONSINA

Todo lo preparó tan bien doña Estefanía, que Leonor no tuvo que extrañar en la mudanza, y la vieja Salvadora se encontró igualmente con una habitación lista y á su disposición.

Mondragón insistió en irse á la casa de Caralmuro; pero Leonor no lo consintió, porque creía que era demasiada molestia para él, y además el respeto de doña Estefanía bastaba para evitar cualquiera hablilla.

Por esto el Cacomixtle encontró sola la casa de don Juan.

Al día siguiente, Mondragón salió muy temprano con el objeto de ver al general Márquez y conseguir una orden de libertad siquiera para don Plácido.

Leonor salió muy tarde de la recámara. Pasaban en su vida acontecimientos tan extraordinarios, que no había podido dormir en la mayor parte de la noche.

Al salir de su recámara fué cuando pudo notar el aire de tristeza que reinaba en aquella casa: las piezas todas, fuera de la que ella ocupaba en la noche, y una sala en donde Mondragón recibía á los amigos, estaban cerradas, y aun en la que ella había dormido se sentía una especie de olor á humedad, como el que hay en las habitaciones que están cerradas constantemente.

Doña Estefanía la esperaba para desayunarse: Leonor, á pesar de su prudencia, no pudo dominar su curiosidad de dirigir á doña Estefanía algunas preguntas.

— Señora, le dijo, se conoce que siempre tiene usted cerrada su casa.

— Siempre, señorita, siempre: como no somos más que dos personas, Mondragón y yo, y nunca tenemos visitas, la casa, como usted la ve, está así hace más de catorce años: sólo se abre para barrer y para que se ventilen un poco las piezas, y luego vuelvo á cerrar; y así será hasta que haya algún cambio, que creo que será muy pronto; porque según sé, Mondragón tendrá muy pronto la dicha de ser el esposo de usted.

— Probablemente.

— ¿Cómo probablemente? ¡Pues qué! ¿no es una cosa resuelta? Como él ha mandado ya hacer el ajuar nuevo, y se dispone todo...

— Sí, pero usted ve cuantas cosas acontecen diariamente, y más en estos tiempos, que nada puede uno asegurar.

— En efecto; pero respecto á este matrimonio lo más probable es que se verifique...

— ¿Cuántos años lleva de viudo el señor Mondragón?

— Unos catorce.

— ¿Y de qué murió su señora?

Doña Estefanía se sintió atacada por el flanco débil, y titubeó; pero respondió al fin:

— De pulmonía.

— ¿Y no tuvo ningún niño?

— Sí, tuvo dos.

CAPILLA ALFONSINA

— ¿Y viven?

— Se murieron.

— ¡Pobrecitos! ¿y muy chiquillos?

— Sí, señorita.

La cuestión se iba comprometiendo: y doña Estefanía conocía adonde podía ir á parar, y no estaba al tanto de lo que convendría á Mondragón que se dijese en aquellas circunstancias: así es que necesitaba cortar á toda costa la conversación.

Afortunadamente, para casos semejantes todas las mujeres tienen siempre á mano el expediente de las lágrimas: el recuerdo de su hija y de sus nietecitos era muy natural que la hiciera llorar, y así sucedió.

— ¡Válgame Dios, señora! dijo Leonor conmovida también; ¡qué imprudente soy! Ya hice llorar á usted con esos recuerdos. Perdóneme usted, y no hablemos ya más de eso: yo le prometo que no será esto entre nosotros motivo de conversación. Divágüese usted, y cuénteme ¿qué tales trabajos ha pasado usted en el sitio?

— La verdad no muchos, porque yo me previne con tiempo, y aun tengo gran cantidad de víveres; pero después de lo que les pasó á ustedes, tengo ya mucho miedo de que lo vayan á saber.

— No tenga usted cuidado; lo que pasó en nuestra casa creo que fué obra de algún enemigo de don Juan, porque no había allí tantos víveres.

Una criada entró á avisar á doña Estefanía que la buscaba una persona: le contestó que la introdujese, y Feliciana se presentó.

Venía con las instrucciones de la «Guacha» á preguntar á doña Estefanía por los padres de Inés.

— Tengo que hablar con usted un negocio muy reservado, dijo Feliciana.

— Pues vamos por allá dentro, contestó doña Estefanía. Dispénseme usted, señorita, que la deje sola un momento.

— Vaya usted, dijo Leonor.

Y doña Estefanía y Feliciana se entraron á una recámara.

Una hora duró aquella conferencia, que nosotros ya sabemos á qué se redujo. Feliciana salió, y poco después doña Estefanía se encaminaba á la casa de don Celso, en donde hemos presenciado lo que pasó.

XXV

Un retrato

Doña Estefanía no volvió en toda la mañana; pero Mondragón llegó á cosa de las doce: había conseguido la orden para que saliera en libertad Caralmuro, dando cinco mil pesos más, de manera que el hombre venía alegrísimo.

Encontró á Leonor conversando con doña Salvadora, y por supuesto, que al comunicarles la noticia, también ellas se pusieron contentas.

— ¿Y cuándo cree usted que saldrá libre don Juan? preguntó Leonor.

— Espero esta misma tarde, ó cuando menos mañana temprano, llevar yo mismo el dinero, y Caralmuro vendrá conmigo.

— ¡Ah qué gusto! Es decir que esta misma noche, ó mañana á más tardar, estaré en mi casa.